

TEATRO



Directora de la colección: Concha López Piña

Copyright © Ignacio Pajón Leyra, 2006

Copyright © para todos los países en lengua española:

Ediciones Antígona, S. L.

Apartado de correos 24024, 28080 (Madrid)

Tel: 657444133

correo@edicionesantigona.com

www.edicionesantigona.com

Primera edición, 2006

Segunda edición, 2008

Diseño de cubierta: Fernando Soto (*fsotocd@gmail.com*) sobre la fotografía de Mikhail Evstafiev *The cellist of Sarajevo* (© Mikhail Evstafiev) en la que el violonchelista Vedran Smailovic toca en las ruinas de la Biblioteca Nacional de Sarajevo, destruida por la guerra, en 1992.

Editor: Isaac Juncos Cianca

Impresión y encuadernación: Publidisa, S. A.

ISBN: 978-84-92531-02-8

Depósito legal: SE-6776-2008

Impreso en España / Printed in Spain



Este libro está impreso en papel ecológico.

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del autor y de la editorial Ediciones Antígona, S.L., titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, incluido el diseño y las imágenes de la cubierta, por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

IGNACIO PAJÓN LEYRA

CUALQUIER LUGAR, CUALQUIER DÍA

ÍNDICE

PREÁMBULO, POR ANTONIO LÓPEZ PIÑA	9
LAS TERMÓPILAS 480 A. C.	19
GAUGAMELA 331 A. C.	27
SIRACUSA 212 A.C.	37
ALEJANDRÍA 47 A. C.	53
EL VÉNETO 451	59
DAMASCO 1148	71
NANTES 1440	79
CONSTANTINOPLA 1453	83
VERDÚN 1916	89
MADRID 1939	95
TOKIO 1945	103
SAIGÓN 1973	107
SARAJEVO 1992	113
BAGDAD 2003	119
EPÍLOGO: AQUÍ, HOY	125

PREÁMBULO

En realidad, no sabemos nada de la guerra desde nuestra silla giratoria. No sabemos nada de la guerra porque no la hemos vivido. Es cierto, sí, que asumimos con un estómago cada vez más endurecido las matanzas producidas por un bombardeo, el resultado que en los miembros de un niño produce un coche bomba. Es cierto que no deja de producirnos indignación y dolor la infamia, pero necesariamente un dolor pasajero. Después de la noticia del terrorista suicida, viene el Real Madrid y en nueve minutos el estreno en la ciudad de la gira de un grupo checo de fusión. Si la guerra es algo para nosotros, universitarios comprometidos y acaso torturados, es una noticia, bien que constante, reiterada y presente, pero una noticia, es decir, una cosa que pasa mucho pero en la vida de otros. Entendemos que no es bello ver morir desangrado a un hombre y entendemos también que no es bueno mirar siempre hacia otro lado cuando esto se nos muestra. Es por ello que nos vemos en la obligación de mover indignados los brazos, de escupir, de gritar contra el invasor y el asesino, de salir a la calle a

manifestarnos con malabaristas, carritos de bebé, batucada y perro o de escribir contra la guerra. La guerra sin embargo me parece justo lo contrario de todo esto. Quiero decir, confieso desde la ignorancia (¿debería decir “afortunadamente”?) que la guerra es la ausencia de todo tiempo para hacer otra cosa que no sea sobrevivir. La guerra real se diferencia de todo otro sucedáneo en que no da opciones. En el fragor de la batalla, como dicen los novelistas, solo cabe la muerte, la herida o la salvación. Luego está la periferia de la guerra, que es donde no hay guerra todavía y que sirve para saber que aún existe tiempo de huir. En los segundos y sucesivos círculos está el odio que al contrario de lo que se piensa está alimentado por la razón, la misma razón que da para escribir libelos y teorías y poemas y obras con las que recobrar algún sentido para la vida humana. Es en este espacio frío y calmado donde cabe la música y donde podemos alojarnos y atribuir a nuestra creación el estatuto de cosa importante y valiosa. No debemos olvidar que es desde la ladera de la montaña lejana desde donde hablamos y no desde la boca del volcán que emana un fuego que quema sin conciencia, porque si tal cosa creyéramos estaríamos mintiéndonos.

Ahora bien, en su paz atribulada, el hombre necesita ponerse en el lugar del que es muy otro; Crea mundos ideales para disfrutar de lo que nunca tendrá ocasión de hacer e inventa también oraciones solidarias con las que dar gracias por su suerte y mostrar que entiende, desde la compasión y la justicia, el sufrimiento ajeno. Una y otra cosa son buenas porque nos hacen importantes a nosotros en nuestro aquí de calma, vida o conferencia. La guerra es otra cosa y está lejos. Yo ahora no hablaré de ella.

Cualquier lugar, cualquier día no es la hagiografía del buen ciudadano anónimo que actúa impelido por un anhelo de heroísmo o notoriedad. Tampoco es la relación de personajes simbólicos o extremados, útiles para cerrar un círculo teórico con el que explicar dulcemente las dulzuras del bien ni las iniquidades incomprensibles de la maldad.

Cualquier lugar, cualquier día es una crítica a los intereses espurios, a la maldad racionalizada y a la voluntad manipulada. Es un llanto seco y doloroso contra la injusticia que no aparece en los libros, que no registran las crónicas ni los cantares de gesta. También es una mano abierta que se ofrece, sutil y hermosísima como un tallo incipiente. Es una manifestación susurrada de las posibilidades con que, incluso en el peor de los casos, cuenta el hombre. Es el deseo de reivindicar el teatro como objeto útil, necesario no para el ruido sino para el aprendizaje.

El autor se aproxima al tratamiento de la guerra desde una perspectiva realista, que no documental. Consigue crear personajes asumibles y veraces y los dota de unas características esenciales, necesarias. Individuos depurados, desnudos de ornamento que no pretenden componer un remedo historicista y falaz, sino solo reflejar la vida poéticamente. Y es que casi toda la obra es una labor constante por recrear la figura del que sí debiera ser el héroe contemporáneo, no otro que el individuo que reconstruye cada día con actos muy pequeños, con renunciaciones también, el orgullo vulnerado, la vida íntegra en todos sus minutos frente a la infamia o la humillación o la indecencia.

La obra es un manifiesto antibelicista que se estructura, atendiendo a la actitud que adoptan los protagonistas de los cuadros, en tres grandes movimientos:

Por una parte, el autor atribuye enorme importancia estructural a un amplio conjunto de personajes que, sometidos a fuerzas descomunales, feroces en ocasiones, recobran para el ser humano la dignidad en tanto que se manifiestan como portadores de un extraordinario valor, de una sobria honestidad o de un altruismo aleccionador. Es el caso del Persa que socorre y ayuda al soldado griego que poco antes asediaba su ciudad en *Gaugamela 331 a.C*, de la mujer que atiende desinteresadamente cada día al viejo Arquímedes en *Siracusa 212 a.C*, del hombre que poniendo en juego su vida se enfrenta al propio Julio César para intentar evitar que la ofensiva prevista destruya la legendaria biblioteca egipcia en *Aleandría 47 a.C*, del médico desesperado que haciendo uso de todos sus conocimientos y sus fuerzas apenas puede combatir el dolor y la muerte que crece imparable a su alrededor en *Verdún 1916* o del director del museo que furioso acomete contra los responsables del robo y la destrucción del arte y la cultura en *Bagdad 2003*.

Por otro lado, existe un segundo grupo de personajes cuyo reprochable comportamiento viene alimentado por una argumentación torcida en origen, asentada en falsas premisas, que acaba desembocando en una acción terrible aunque coherente con esa lógica viciada. Así por ejemplo los soldados espartanos en *Termópilas 480 a.C*, que deben apelar al honor como última justificación antes de morir matando, Gilles de Rais que asume la autoría y la inmoralidad de sus crímenes e imputa a todos los que ahora le acusan y antes le aclamaban en *Nantes 1440*, o el profesor-francotirador que en *Sarajevo 1992* se ampara en el mito de la raza y la identidad para cometer un impune y cobarde asesinato.

Hay por último un conjunto de personajes que caracterizan a meras víctimas. Individuos inocentes que sufren la brutal acometida de la violencia atroz y desmedida ante la que quedan abatidos y convertidos en sujetos absurdos que no pueden hacer nada sino morir. Algunos de ellos son objeto del odio de víctimas anteriores a su vez, que por haber sido mártires en un momento previo se regocijan en su seno, perversamente legitimadas, al poder consumir con sus propias manos la esperada venganza. Es el caso de la familia musulmana de *Damasco 1148* que ve cómo los soldados cristianos hacen arder su casa con ellos dentro, del monje cristiano que consciente de la inminente entrada del ejército musulmán asume su trágico final intentando evitar la muerte de cuantos libros pueda en *Constantinopla 1453* o del oficial japonés de *Tokio 1945* que ante la magnitud de la tragedia provocada por la bomba atómica entiende que su vida carece de sentido puesto que no ha sabido ni podido defender su país.

Desde hace tiempo venimos dándole categoría de acierto a algo que tal vez no lo sea. Influidos por el espíritu de la posmodernidad, hemos dado por buena la obra abierta, la obra interminada y suspensiva en la que todo comportamiento es equivalente, en la que hay solo todo aquello que añadimos nosotros. Un autor nos resulta tanto mejor cuanto más lejos sea capaz de situarse de los asuntos que en el fondo trata. La excelsitud de su mirada es directamente proporcional al cuadrado de la distancia moral con la que juzga (perdón) lo que no debe sino ser meramente enunciado.

El objeto de las realizaciones de muchos artistas, quizá de todos, es el de abrir un hueco en el mundo, el de permitir una mirada nueva haciendo de un elemento inerte como un cuadro, un texto o una escultura, una